

HISTORIA Y MEMORIA: UNA INTRODUCCIÓN

Help me Mnemosyne, thou Titaness
Thou ancient one, daughter of Heaven and Earth,
Mother of the Muses, who inhabit not
In flowery mount or crystal spring, but in
The dark and confined cavern of the skull
O Memory, who holds the thread that links
My modern mind to those of ancient days

A. S. Byatt, *Possession* (1990)

En el amanecer de la Grecia clásica, Hesíodo invoca en su *Teogonía* a la Titán de la memoria, la bella y lánguida Mnemosyne, cuya presencia se considera indispensable precondition del razonamiento humano. Mnemosyne, como fruto de su relación con Zeus, ha concebido nueve hijas, las Musas. Una de ellas es Clío, la historia, quien comparte con sus hermanas la misión de aliviar los problemas de los mortales, prometiéndoles el olvido de sus preocupaciones mediante el ejercicio de sus virtudes artísticas. Hija de dios y de titán, Clío desciende de la estirpe de Cronos, su abuelo paterno, el destronado dios del tiempo; mientras que su genealogía materna la vincula a divinidades protectoras de la sabiduría. La relación de Clío con su madre Mnemosyne es estrecha y cotidiana, sus vínculos son innegables y una es condición necesaria de la otra. Historia y memoria encuentran, así, su ligazón primigenia en una de las metáforas mitológicas más antiguas de Occidente.

La conjugación de los términos “historia” y “memoria” envuelve un problema teórico ya que ambos pueden expresar dos diferentes concepciones según cómo sean leídos: en el sentido de un ir desde la historia a la memoria o, al contrario, desde la memoria hasta la historia. El primer movimiento implica concebir la historia como una colección de hechos y significados pretéritos; el trabajo de escribir la historia, por lo tanto, se entiende como una recuperación del pasado. “Historia” quiere decir aquí el pasado, pero en un sentido no discursivo: un pasado que suministra material informativo al proceso de escribir la historia y que valida la presentación que de la historia se hace como verdadera, como memoria veraz, como verdad del pasado. Es decir, la historia se refiere aquí a algo que existe fuera del plano discursivo, fuera del relato

que de ella se hace, pero que, a su vez, por algún misterioso mecanismo, otorgaría veracidad a este relato.

Ir, por el contrario, desde la memoria a la historia supone una concepción por completo diferente, ya que el punto inicial es aquí la “memoria” concebida no como una recuperación de hechos y significados pasados, sino como la materia prima cuya elaboración y combinación a través de un proceso nos conduce a una historia, entendida como una construcción social, constituida por un determinado tipo de discurso y por una determinada estructura conceptual.

A partir de los postulados del realismo-naturalismo positivista en el siglo XIX, la historia “científica” se propuso mostrar el pasado “tal como fue” y se ensayaron herramientas analíticas que cristalizaron en textos clásicos y que se reproducen hasta el día de hoy, a veces de modo muy solapado.¹ En esta concepción tradicional, la historia es vista como una colección de hechos, fechas y personas del pasado, mientras la historiografía se entiende como el arte de recuperar el pasado. La palabra “historia” significa, pues, al mismo tiempo, el pasado y la historia escrita, y refiere, simultáneamente, a un pasado no discursivo y a un presente discursivo. El pasado ilumina y valida la escritura de la historia; la historia no sólo existe sino que además es verdadera, es la verdad del pasado.

Así, en la concepción tradicional el objeto de la historia es el conjunto de “hechos” del pasado, entendido aquí como un espectáculo, una procesión de acontecimientos –o de sus registros- que desfilan ante los ojos del historiador. Por lo tanto, éste debe contar la historia que le ha sido dada a través de este desfile, de esta fija e inalterable colección de datos. El ideal de este tipo de historiografía se resume en la ambición de Ranke, de que la tarea del historiador sea simplemente mostrar cómo ocurrieron realmente los hechos. ¿Pero cuáles son las “ocurrencias de hechos” cuyo “cómo” se nos impone mostrar? La concepción del pasado como innumerables hechos dados dispersa la consistencia del objeto de la historia. ¿A cuáles “hechos”, a cuáles acontecimientos prestamos

¹ Entre otros postulados, la separación genérica insoslayable entre los textos cargados de veracidad (históricos) y los cargados de ficcionalidad (literarios), el cual ha devenido en nuestros días en una especie de reservorio residual para la noción (neo)positivista del mundo.

atención y a cuáles debemos ignorar? Sabemos que los hechos registrados son sólo una pequeña muestra de los acontecimientos del pasado. Lo paradójico es que, si la exigencia de la historiografía tradicional fuera aplicable, ella quedaría paralizada ante la enorme masa de hechos registrados, e impotente para recuperar el aún mayor número de hechos que han quedado sin registrar. Es decir, el ideal tradicional es impotente ante su archivo y está condenado a repetirlo ya que no puede plantear interrogantes independientes a esta masa dada de datos, ni puede alterarla de acuerdo con las operaciones del conocimiento, sino que, simplemente, está condenado a ordenarla.

La historiografía contemporánea (en su corriente postestructuralista foucaultiana), en cambio, niega el pasado como principio de validación de sí mismo y como existencia autónoma. El antiguo problema del examen de las fuentes es desplazado a un nuevo terreno: el de las “formaciones discursivas” y la historia como narración de la memoria se revitaliza metodológicamente. Ya no se trata de investigar la relación entre los documentos u otras fuentes y una ilusoria sustancia histórica “real”, ni de un examen crítico externo en que se otorga veracidad a un tipo de discurso en comparación con otro sobre la base de una “realidad exterior”, sino que se trata de examinar la consistencia interna de cada formación discursiva. La formulación de ésta obliga al historiador a abandonar su ingenuidad epistemológica y tomar conciencia de que los datos con que trabaja son construidos. La “cientificidad”, la objetividad de la investigación histórica no se mide ya en relación a una “realidad objetiva”, sino en relación al uso de métodos correctos en elaboración, organización y clasificación de los datos, de acuerdo a niveles teóricos determinados para establecer su pertinencia respecto a un objeto y una problemática explícitamente formulada.

La investigación actual no parte de los restos del pasado para alcanzar sobre esa base una síntesis (conocimiento actual), sino que parte de una formalización (un sistema actual) para ubicar en ella esos “restos” (huellas de un “pasado” que son producto de un trabajo intelectual). En el trabajo del historiador, todo comienza con el diferenciar, reunir y transformar en “documentos” ciertos objetos que se hallaban repartidos aquí y allá de otra manera. El material histórico es creado a través de todas las operaciones mediante las cuales el historiador lo separa de su contexto de uso originario (o lo encuentra ya separado de éste y le da

consecuentemente un nuevo uso). Este proceso de diferenciación convierte signos determinados en objetos de un tratamiento específico.

La documentación histórica no es, entonces, materia inerte, sino un moldeable material de construcción que debe ser elaborado, organizado y clasificado para poder establecer sus componentes y describir las relaciones entre estos. Los “datos” son una construcción, precisamente como los “sucesos” de los historiadores tradicionales: son elementos discursivos constituidos en y por el terreno definido por un determinado tipo de estructura conceptual; no un “corte” hecho en la “realidad”.

Memoria social: representación y materialidad

Para historiadores contemporáneos como Jan Vansina (1980) y Raphael Samuel (1995), por ejemplo, la memoria es la representación de un hecho o de una situación mediante una acción interiorizada en el sujeto. Esta “memoria-imagen” se expresa en representaciones, las que, a su vez, son acciones imitativas que se relacionan, de una u otra manera, con formas que involucran actividades creativas. Esto implica no la visión de cómo el pasado fue sino cómo se lo representa en la memoria colectiva, es decir, cómo la gente dice que fue y por qué lo ve así. Sin embargo, la historia “tal-como-se-la-recuerda” es también una representación. Todo lo conmemorativo es siempre representación, y toda representación incluye la noción de “hábito” (Connerton 1989). Cabe aclarar que las representaciones no necesitan ser siempre verbales, pero sí lo son cuando son objeto de comunicación entre individuos, es decir, cuando forman parte de procesos interpretativos y de patrones discursivos (Tonkin 1992:2).

Las representaciones del pasado están, además, sostenidas por la pertenencia a un determinado grupo, en especial, generacional. La gente recuerda lo que necesita recordar y, en casi todas las sociedades, el conocimiento generacional es una fuente muy importante para la legitimación social (política, económica, religiosa, etc.) (Tonkin 1992:11).² Por otra parte, en toda sociedad existen actividades

² Glen Elder señala que la importancia de la experiencia de grupo (cohorte) en la historia se expresa en la formación de ‘generaciones’ de memoria (es decir, “gente que comparte una experiencia social que es históricamente distinta a otras”, Lummis

grupalmente organizadas para la preservación y recuperación de las huellas del pasado. Estas actividades de recuerdo “compulsivo” van desde el recitado de cuentos hasta la erección de museos, bibliotecas y archivos. De allí que el concepto de un recuerdo colectivo “puro”, no mediatizado, “natural” y directo, además de ser una falacia, no se verifica en la cotidianeidad. Los artefactos mediadores están siempre presentes en toda actividad humana. “Incluso las acciones internas de recuerdo vienen mediatizadas por artefactos culturales /.../ Incluso una palabra o una imagen es (sic) un artefacto cultural, no reducible a un origen puramente individual o biológico” (Engeström et al. 1990:159).

Escribir o contar (una) historia también es actuar, pero en un sentido verbal. Como demuestra la colección de evidencias materiales reunidas en un museo “patrimonial”, hay una gran diferencia entre lo que es una reliquia y lo que ésta representa. Los objetos, a partir del poder de simbolización histórica que son capaces de contener, son mnemotécnicamente fetichizados. Y, gracias a ello, es posible identificar una variedad de mediaciones significativas entre las prácticas sociales conmemorativas (qué y cómo se conmemora) y los contenidos de las representaciones (por qué y a través de qué se conmemora). El estudio de la “conmemoración” como una práctica social demuestra cómo el recuerdo colectivo, por una parte, determina la continuidad de las convenciones que conforman la noción social de “pasado”, y, por la otra, la altera de acuerdo a los intereses sociales del “presente”.

El control de la memoria de una sociedad condiciona largamente la jerarquía del poder. Por ejemplo, el manejo de una técnica de registro (data) no es sólo una agilización técnica sino también una legitimación del control político-social de la producción y almacenamiento de la información (Connerton 1989:1). Las relaciones de poder actuales en una sociedad se evidencian en los aspectos del pasado que se conmemoran o que se ignoran. El recuerdo intencional de determinadas figuras públicas desvela ciertas polaridades ideológicas, las que se manifiestan en la memoria colectiva como opuestos: normal/extraordinario; igual/privilegiado; tradicional/moderno.

[1987]1991:93): esto sirve al historiador para relevar el curso de la memoria popular, su origen, su formación y su relación con la evocación individual.

Retrospectivamente, los usos políticos de la memoria han sido múltiples y diversos durante la historia de la humanidad, pero esto es sobre todo evidente a partir de la historiografía del siglo XIX, cuando la profesionalización de la disciplina aísla el conocimiento científico del conocimiento cotidiano. A partir de allí, “/.../ a historically tutored memory is opposed to an unreflective traditional memory” (Connerton 1989:16). La escuela germánica (Ranke, Mommsen, etc.), por ejemplo, constituye, a la vez, un canon de investigación científica y el estímulo a la creación de una memoria grupal particular. Utiliza, para ello, a la historia como material básico para la construcción de la identidad germánica común, mediante la búsqueda de las raíces de la nación y los signos históricos de su continuidad.

Parece obvio, aquí, que la percepción del pasado varía de acuerdo al sujeto que conmemora, pero es importante remarcar que las representaciones básicas comunes siempre tienen un origen social. Las representaciones públicas del pasado común sirven para garantizar la identidad grupal de los sujetos o para afirmar su significación. Pero después del aporte de Eric Hobsbawm y Terence Ranger³ es difícil sostener la autenticidad histórica de las tradiciones sociales. Las estrategias de manipulación del pasado por parte de políticos y científicos sociales han desnudado la fragilidad de considerar las tradiciones como dadas y establecidas, inmutables.

Las últimas décadas del siglo XX han visto la proliferación de propuestas de nuevos documentos para la búsqueda de representaciones del pasado. Espacios culturales contemporáneos tan disímiles como la iconografía publicitaria, la música, la televisión, la arquitectura urbana, las historietas (*comics*), la tapicería, etc., así como otras experiencias artísticas (pintura, fotografía, filmografía), son analizadas de acuerdo a su carga de historicidad, es decir, como elementos concretos que materializan la información del pasado. Las evidencias materiales tienen muchos usos para quien desee “reconstruir” el pasado. Tanto objetos como textos ofrecen el “acceso” al pasado a través de significados visuales. La historia de las visiones del pasado que se ofrecen a través de exposiciones y lecturas en nuestros días no es un simple recuento de las inversiones personales en objetos con valor cronológico: es también el registro de una tendencia creciente a la acumulación y al ordenamiento

³ Editores de la compilación *The Invention of Tradition* (1984), Cambridge.

de estos objetos en instalaciones permanentes, en otras palabras, en museos.

Finalmente, es importante destacar la función del olvido como un acto conmemorativo. Esta contradicción es sólo aparente, ya que si el recuerdo es un acto colectivo, entonces el olvido también lo es. En términos cartesianos y cognotivistas el olvido se concibe como un fallo técnico en el almacenamiento o la recuperación de la información dentro o fuera de la mente del sujeto, ignorándose los procesos sociales implicados en esta actividad. La alternativa psicoanalítica señala que el olvido es la represión de lo desagradable.⁴ Para la teoría de la actividad soviética (basada ente todo en los estudios comparativos de instituciones), el olvido se produce por la ruptura o fractura en los movimientos entre los polos de acciones de recuerdo, primario y secundario, por una parte, e internas y mediante ayuda externa, por la otra. Es decir, las rupturas entre ambos ejes producen un tipo de olvido llamado olvido por silencio, por soledad o por desconexión. El tiempo se convierte, entonces, para el hablante en una cadena de logros individuales desconectados de su significado colectivo y de su contexto de actividad (Engeström et al. 1990:160-161).

Para el historiador, los documentos escritos son sistemas cerrados, es decir, simple exposición de memoria que elimina la necesidad de depender de un recuerdo cambiante. El texto escrito guarda en sí mismo la copia literal, el almacenamiento y la consulta repetida invariablemente. En consecuencia, es difícil que las sucesivas lecturas muestren la presencia de diferentes tipos de silencios u omisiones en ellos. Pero en el caso del documento oral, cada parte del relato personal forma parte de una historia de vida más extensa y compleja. Y cada relato que surja a partir de ella contendrá, tal vez, diferentes omisiones ya que el hablante/informante se limitará a ciertas preguntas o respuestas eliminando otras posibles.

Asimismo, todo recuerdo implica un olvido. Algunas memorias indican, por sí mismas, al recopilador la necesidad de buscar los silencios y huecos entre las frases de los relatos. La autobiografía, por ejemplo, es un género especialmente plagado de “olvidos”. La emisión en primera

⁴ En especial en la obra de S. Freud *The Psychopathology of Everyday Life* ([1901]1914), New York.

persona gramatical refuerza la sensación por parte del receptor de estar “escuchando” un testimonio auténtico. Pero, paradójicamente, su intención documental además de obvia, es intrínsecamente compleja. Los usos particulares de la retórica, las convenciones literarias y/o historiográficas y los llamados de atención a un público que debe responder reconociéndose o reconociendo al sujeto narrador en el relato, hacen de una autobiografía, no tanto un testimonio histórico de los hechos por ella narrados, sino del momento en el que se los narra.

La memoria no puede definirse ni como un ente físico ni como una estructura de validez universal. Pero a través de sus manifestaciones puede ser considerada como un proceso constructivo en el que entran en juego diferentes tipos de factores, especialmente, la formalidad (convencionalidad) social, lo retórico (argumentativo), lo identificatorio (grupal), lo narrativo (pragmático-discursivo) y la noción de representación.

Las producciones de la memoria (los “recuerdos”) deben considerarse, entonces, como representaciones (constructos) dinámicas, mutables y contextualizadas sociohistóricamente.

La historiografía, como discurso oficial de la memoria, establece los límites acerca de qué es lo que una sociedad debe recordar y por qué. Las representaciones del pasado que cada sociedad asume como propias son seleccionadas de acuerdo al desenvolvimiento sociopolítico del grupo. Los recuerdos compartidos estimulan la experiencia de identidad grupal y dotan al grupo de un “sentido” de pasado común.

El estímulo o la desaprobación a determinados tipos de recuerdos sociales crea, por una parte, un corpus de recuerdos convencionalmente comunes a los miembros de una sociedad, y, por la otra, establece un canon -explícito o tácito- acerca de qué tipo de recuerdos se incorporan o se ignoran comunitariamente. El ejercicio de esta política de la memoria social hace del acto conmemorativo un elemento condicionante de las relaciones de poder entre los miembros del grupo.

Toda sociedad posee un amplio repertorio de actividades conmemorativas, las cuales están organizadas para proteger, preservar o “recuperar” las referencias mentales y materiales de una noción convencional del pasado. La cultura material y las acciones verbales ofician como elementos mediadores en estas acciones, la mayoría de las

cuales están basadas en rituales expositivos cargados de múltiples significados visuales.

Toda memoria está compuesta de recuerdos. Todo recuerdo es una representación. Toda representación está compuesta por una mezcla de información empírica, subjetividad individual (deseos, represiones y emociones) y convenciones sociales. Por lo tanto, en toda representación conmemorativa, en todo recuerdo, en todo ejercicio de memoria, la falta de memoria (olvidos) y la ausencia de enunciación verbal (silencios) son elementos constitutivos con alto valor significativo.

En el presente volumen, todos y cada uno de estos temas serán tratados con justeza y profesionalidad por los diferentes especialistas. Y en este renovado ejercicio escritural, los diferentes artículos presentan diversos modos de estudiar los registros de la memoria y sus consecuencias histórico-sociales. Mnemosyne, invocada por la fuerza de su carácter representativo, se presta gustosa aquí para satisfacer la permanente curiosidad de los seguidores de Clío.

LOS EDITORES

Referencias

Connerton, Paul: 1989. *How societies remember*. Cambridge University Press.

Engeström, Yrjö et al.: 1990. Olvido organizacional: perspectiva de la teoría de la actividad. En D. Middleton & D. Edwards (Comp.): *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Editorial Paidós. España. Pp. 157-186.

Lummis, Trevor: (1987)1991. La memoria. En D. Schwarzstein (Selec.): *La historia oral*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. Pp. 83-101.

Samuel, Raphael: 1995. *Theatres of Memory*. Vol. I: "Past and Present in Contemporary Culture". Verso. London.

Tonkin, Elizabeth: 1992. *Narrating our past. The social construction of oral history*. Cambridge University Press.

Vansina, Jan: 1980. Memory and oral tradition. En J. Miller (Ed). 1980. *The African Past Speaks. Essays on Oral Tradition and History*. Dawson-Archon Ltd., U.K. Pp. 262-279.